



EL BARCO
DE VAPOR

Lady Scarlet y la fantástica historia de la niñera león

Elizabeth del Castillo



Ilustraciones
de Ester García

**Finalista
PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR**







EL BARCO
DE VAPOR

Lady Scarlet y la fantástica historia de la niñera león

Elizabeth del Castillo

Ilustraciones de Ester García



Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Elizabeth del Castillo, 2015
© de las ilustraciones: Ester García, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8281-9
Depósito legal: M-22553-2015
mpreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Carlo, Asia y Carla

● 1

SOBRE LAS FAMILIAS

ES BIEN SABIDO que todas las familias del mundo se componen, principalmente, de los siguientes miembros: un padre, una madre y uno o varios hijos. El padre normalmente trabaja en algo que le obliga a ir a todos los sitios con mucha prisa y a estar, casi siempre, de mal humor. La madre puede que trabaje también en algo que le hace ir siempre con prisas; o puede que sea ama de casa. Haga una cosa u otra, normalmente se queja de que nadie la ayuda en las tareas del hogar. Por otro lado, los hijos, los cuales pueden ser tanto niños como niñas, siempre piden cachivaches modernos a sus padres porque algún compañero del colegio también los tiene. A veces en las familias hay también algún perro o gato al que, normalmente, y a medida que va creciendo y dejando de ser un cachorro, se le hace cada vez menos caso.

De lunes a viernes, los miembros de estas familias trabajan en oficinas y en fábricas, estudian en colegios, sermonean a sus empleados o son sermoneados

por sus jefes, aprueban exámenes o los suspenden con un rotundo cero; quitan el polvo de los muebles o planchan, mientras ven en la televisión su programa favorito...

Los fines de semana, salen todos juntos en coche a pasar la tarde en un centro comercial; o visitan, en la residencia de ancianos, a una tía abuela sorda que siempre se queja de que nadie va a verla.

Y cuando llega el verano, se van de vacaciones a algún lugar, en la playa o en la montaña, lleno de familias formadas por personas exactamente iguales a ellos.

Padres altos o bajos, gordos o flacos. Madres rubias o morenas, deportistas o fumadoras. Hijos con orejas de soplillo u orejas diminutas, con narices respingonas o con forma de patata, gritones y caprichosos o tímidos



y silenciosos. Estas son las personas que, al fin y al cabo, conforman lo que se considera una familia «normal».

Si tu familia es exactamente como una de estas familias, no me queda más remedio que darte mi más sentido pésame. ¿Quién puede soportar una familia tan perfectamente aburrida? Sin embargo, si tu familia no se parece en nada a este tipo de familia, solo puedo darte mi más sincera enhorabuena.

La mía podría haber sido una de esas familias normales y corrientes; pero, por una serie de circunstancias bastante singulares, se transformó en algo muchísimo mejor. La historia que os quiero contar tiene que ver con cómo mi familia cambió y creció hasta convertirse en lo que es hoy: una familia extraordinariamente magnífica y, afortunadamente, fuera de lo normal.



● 2

UN PADRE EN LA LUNA

HUBO UNA VEZ EN MI VIDA, hace ya mucho tiempo, en la que mi familia estaba formada por un padre (de nombre Matheo King), una madre llamada Lisbeth, una preciosa e inteligente niña (yo misma) y un niñito llorón, apenas recién nacido, llamado Pequeño Ícaro. Los cuatro vivíamos en una casa con jardín, a las afueras de la ciudad. Yo era bastante pequeña entonces y no puedo recordarlo todo con detalle, pero viendo algunas fotos que mamá todavía conserva, y en las que tanto ella como papá sonríen mientras me sostienen en sus brazos, imagino que éramos una familia bastante feliz.

Todo comenzó a cambiar el día en que mamá me dijo, con voz dulce pero seria, que no íbamos a ver a papá durante algún tiempo. Entonces mi hermano era tan solo un bebé, y yo no era más que una mocosa, pero conservo aquel momento grabado en mi memoria. Después de hablar conmigo, mamá lloró durante todo el día y toda la noche, y siguió llorando durante todos los días de una semana hasta que el domingo se le acabaron las lágrimas.

Como he dicho, entonces yo solo era una niña pequeña, y a pesar de que no entendía muy bien lo que sucedía, sí que comprendí que hablar sobre papá a mamá le hacía sufrir mucho. Ningún hijo quiere ver sufrir a su madre, así que hice todo lo posible por no mencionar a mi padre. Aunque tengo que reconocer que no siempre lo conseguía.

A veces, echaba tanto de menos a papá que, sin poder evitarlo, de mi boca se escapaba una pregunta: «Mamá, ¿cuánto falta para que vuelva papá?». A lo que mamá respondía: «Todavía tardará un poco en regresar, cariño, quizá tarde un año, quizá dos...». Y luego suspiraba y volvía a sus cosas con la mirada triste y algo perdida.

El tiempo pasaba y papá seguía sin regresar, y mamá sin responder a mi pregunta...

Siendo yo una niña bastante curiosa, observaba a mamá con atención, y pronto me di cuenta de que, por las noches, cuando todo quedaba en silencio y en teoría mi hermano y yo estábamos ya en la cama durmiendo, ella se asomaba a la ventana y contemplaba, durante largo rato, la luna y las estrellas. Como esperando encontrar algo que hubiese perdido allí, algo que añorase terriblemente.

Y fue en una de aquellas noches cuando todo cobró sentido para mí.

Mientras espía a mamá, me sucedió algo curioso. Todos mis pensamientos y recuerdos sobre papá, y todo lo que había visto y oído acerca de él desde que se marchase, comenzaron a agitarse nerviosamente dentro

de mi cabeza, moviéndose de arriba abajo, de derecha a izquierda, chocando entre sí y girando y girando, sin parar, como si estuviesen dentro de una lavadora. Hasta que, de manera milagrosa, como las piezas de un puzle, todas aquellas ideas y pensamientos encajaron a la perfección. Y fue entonces cuando comprendí por qué papá seguía sin regresar después de tanto tiempo, y por qué mamá soñaba despierta mirando aquel cielo inmenso con su luna blanca y redonda.

«¡Eso es! ¡Ahora lo entiendo todo!», pensé llena de alegría. «Mi papá está allí arriba, en el espacio...».

No cabía duda: mi padre tenía que estar en lo más alto de aquel lejano e infinito universo, flotando sobre Saturno o caminado en aquella luna tan hermosa.

Pobre mamá... Ahora entendía por qué nunca contestaba a mis preguntas sobre dónde se encontraba papá o cuándo volvería a casa. Y es que los astronautas no tienen horarios ni tareas como otros papás que trabajan en oficinas. Los astronautas tienen misiones especiales y espaciales, normalmente secretas, que ni siquiera sus familias conocen.

Me prometí que no volvería a preguntarle a mamá cuándo regresaría papá, y me dediqué a fantasear con los magníficos regalos que mi papá astronauta me traería cuando regresase al planeta Tierra.

¿Quién sabe qué cosas extraordinarias podría traerme del espacio? ¿Quizá un meteorito del tamaño de una canica? ¿O mejor un tarro lleno de polvo de estrellas que brillase en la oscuridad?

También pensé en todas las cosas extraordinarias que mi padre me contaría acerca de todo lo que había visto allí arriba, en el espacio. ¿Le habría dado tiempo a visitar Marte? ¿Habría visto algún marciano?

Cuando Pequeño Ícaro tuvo edad suficiente para entender lo que era un astronauta, le conté lo de la misión espacial de papá.

«Qué suerte la nuestra», pensábamos. Y, ansiosos, esperábamos su regreso.

Pero pasaron los años y papá siguió sin regresar, y yo seguí esperando aquel regalo espacial que brillase en la oscuridad.

Al cumplir los nueve años, había leído ya tantos libros y visto tantas películas sobre el espacio, que sabía perfectamente que las misiones espaciales llevan su tiempo, y que a los astronautas siempre les surgen complicaciones para regresar a la Tierra.